

EL HOMBRE DE RETALES DE PIEDRA de Imanol Pastor Sola

Nació entre telares,
hombre cosido a contramano,
sus costuras débiles vaticinaban
que con un roce sería su fin temprano.

Así fue:

con cada abrazo mal dado,
con cada cuchilla de palabras,
hilos se rompían,
creando nuevas heridas.

Su tejido lloraba,
su tejido cedía,
con pena, sangró hebras
sobre la mañana fría.

Viandantes lo miraban con pena:

“pobre muñeco frágil,
carne y tela hecha jirones,
todo le provoca dolores’.

Y ellos miraban
ellos señalaban
ellos hablaban,
mas algo no sabían:

comenzó a coser sus retales rotos,
hebras más firmes cosieron su pecho
apretó sus nudos, olvidó el dolor de otros,
y poco a poco, caminó derecho.

Pasaron los meses,
los retales se endurecieron
y lo que antes eran telas débiles
en duras rocas se convirtieron.

Nada quedó de ti, hombre de retales,
ya no te descosías
te convertiste en hombre de piedra,
con el cincel tallaste tus días.

Le miraban desde lejos,
admirando su inmovilidad,
intimidante fortaleza
que confundieron con frialdad.

Hombre de piedra convertido en estatua,
nadie quería tu piel tocar,
todos tenían miedo a ver
bajo tu piel retales sangrar.

Estatua de piedra,
vacío quedaste,
compañero del silencio fúnebre
y el frío desgaste.

Un día, alguien llegó
se sentó a su lado,
sin temor a la fría roca:
'¿Hace cuánto que nadie te toca?'

A su lado, habló tranquilo,
le contó mil historias
sobre soles que ardían con pasión
y mares que apaciguaban el calor.

Le habló de montañas altas,
prados verdes con lirios azules,
bonitos paisajes a la vuelta de la esquina,
esperando a curar su alma herida.

Volvió al día siguiente,
y al siguiente,
y al de después.
todos los días se sentaba a sus pies.

Le habló de campos dorados,
ciudades felices y firmamentos estrellados,
sin miedo a su vacío,
sin miedo al hastío.

"Si pudieras tan solo acariciar un rayo de sol...
te llevaré conmigo,
te cargaré en mis hombros
y te mostraré el mundo, amigo'.

Aunque el hombre de piedra
no decía palabra,
algo tembló en su interior,
breve crujido que no cargaba dolor.

No era el viento, no,
quizás el eco de un hilo olvidado,
un guardián de recuerdos, un retal rebelde
que, con esfuerzo, logró al fin moverse.

Una tarde, al morir el sol,
el hombre de piedra a sí mismo rompió.
Conservó algunas rocas, otras las tiró,
sin haberlo olvidado, caminó.

El extraño se colocó a su lado,
sin dudarlo, siguió su ritmo:

“¿A dónde vamos, amigo?
marca el ritmo, yo te sigo’.

El hombre de retales y piedra
alzó la vista al frente,
respondió firme, sin esperar a el sol llegue:
“A donde mis hilos nos lleven’.

Cruzaron montañas,
atravesaron desiertos,
poco a poco el extraño le enseñó
la belleza de lo incierto.

Y así fue,
pues trazaron nuevos caminos,
y el hombre recuperó la fé.
Juntos cosieron su nuevo destino.

El hombre de retales y piedra
se convirtió en algo más,
viajero valiente que caminando
dejaba atrás el peso de los años.

Dejó atrás la piedra,
dejó atrás la tela,
eligió tejer su alma al viento,
libre de cadenas.